

A PIE
DE CALLECATALINA
Gayà

ELISENDA PONS



►► Gente en la puerta de Santa Maria del Mar, la noche del martes.

Escalones gratis para ver la ciudad

Fue gracias al azar que me topé con dos músicos sentados en la escalinata de Santa Maria del Mar. Radiaban con mucho humor las idas y las venidas de los que pasaban por la plaza. Hablando me contaron que esta escalinata gótica se ha convertido en un punto de encuentro para los barceloneses. Hace ya tiempo, me dijeron, que la salida del metro de plaza de Catalunya –o el clásico «Nos vemos frente al Zúrich»– ha cambiado por este escenario más novelero que una salida de metro.

Mejor opción que de pie frente a un bar o a un centro comercial, pensé. El miércoles de la semana pasada, esperaba ahí a una amiga que no encontraba aparcamiento para dejar su *bicing*. Esa semana, era la quinta vez que alguien llegaba tarde a una cita conmigo por esa misma razón. Los 15 minutos que aguardé bromeé con los dos músicos y, como ellos, me puse a observar quién pasaba y, sobre todo, quién se sentaba dando la espalda a la iglesia. En los escalones había turistas; barceloneses que aguardaban a otros barceloneses, y barceloneses que, como los músicos, los usaban como mirador.

A los cinco minutos ya me había sentado, mis piernas bamboleaban

y sacaba la libreta. Reposaba sobre una iglesia que se construyó cuando la peste (Yersina pestis) acababa de hacer estragos en Barcelona y observaba a esta sociedad hiperconectada que caminaba frente a nosotros: hasta tres padres habían pasado mirando fijamente un iPad con el mapa de la zona en la pantalla. Ya no hay mapas doblados. Los jóvenes no dejaban de hacer fotos con su iPhone. No preguntaban en qué siglo se construyó la iglesia. Veinte siglos

«Estoy en el paro y sentarse aquí es gratis. Es un placer ver pasar todo tipo de gente»

después de que la iglesia se levantara en el emplazamiento de una sepultura que se remonta al siglo I d.C. sobraban las palabras y las explicaciones: posaban y se tomaban la foto los unos a los otros o solo disparaban aquí y allá.

En la plaza de Santa Maria, un músico callejero o más bien un señor con un altavoz con ruedecillas movía unas marionetas mientras la voz encerrada de **Freddie Mercury** canta-

ba que quiere ser libre. A nuestro lado había el clásico grupo de amigas de visita que esperan a un amigo que vive en Barcelona. Por el acento, deduje que las dos chicas eran caraqueñas. Las turistas inglesas se paraban frente a ellas para preguntarles dónde habían comprado el mono con estampado de leopardo que lucía una de ellas. Más que el leopardo, lo que delataba que no viven en esta Barcelona adoquinada eran los tacones tipo Everest. El amigo llegaba y, decía, les enseñaría “la Ribera”.

Esto ocurrió la semana pasada y me quedé pensando si, más que un nuevo punto de encuentro, este será un lugar donde los barceloneses acuden para seguir disfrutando de un ágora gratis. La iglesia siempre tuvo fama de ser la más apreciada por el pueblo. Desde esa noche, he regresado dos atardeceres y, en cada ocasión, me he topado con un barcelonés con la actitud propia del etnógrafo urbano. El lunes, **Marisa** esperaba a una amiga y disfrutaba viendo cómo los turistas se saben de memoria *La catedral del mar*. Había quedado para ir de copas y en esta escalera, decía, «una puede esperar gratis». Ayer **David** fumaba un cigarro sentado en el segundo escalón (empezando por arriba): «Estoy en el paro: sentarse aquí es gratis y siempre es divertido ver cómo pasan gentes de todo tipo». Como los músicos se había sentado por el placer de la observación. No he vuelto a ver a los músicos; supongo que algún día aparecerán por el mirador. ≡



apiedecalle@elperiodico.com